Comparando al país con un cuerpo vivo o con una máquina compleja

PIB y Gobernanza Económica

Si comparáramos a un país con un ente vivo o con una máquina de altísima complejidad, como un avión de pasajeros de largo recorrido, la primera lección que emerge es la insuficiencia de cualquier indicador unidimensional. Durante décadas, la política económica ha delegado en el producto interno bruto la función de termómetro único del progreso nacional. Sin embargo, reducir la salud de una economía a un solo número equivale a pretender diagnosticar el estado de un paciente exclusivamente por su pulso, o a pilotar una aeronave fijando la mirada únicamente en el velocímetro. La economía no trabaja con variables aisladas; es un sistema dinámico, interdependiente y profundamente humano. El gobierno de la economía exige un cuadro integral de mando que capture simultáneamente el ritmo, la estabilidad estructural, la capacidad de resiliencia y el bienestar real de la ciudadanía, entre otros parámetros que se deben observar. Esto no es un ejercicio académico, sino una condición técnica y política para el ejercicio responsable del poder. Identificar y mantener esos elementos es un acto de responsabilidad gubernamental.

El crecimiento del PIB —calculado como la suma del consumo, la inversión, el gasto público y las exportaciones netas— es el indicador convencional de ritmo económico. Pero su fórmula, por diseño, no incorpora la calidad del empleo, la presión sobre los ecosistemas, la distribución del ingreso o el bienestar subjetivo. Por eso, un gobierno responsable no lo lee en aislamiento, sino como una coordenada dentro de un cuadro integral de mando. Este crecimiento actúa como la frecuencia cardíaca del organismo o las revoluciones del motor: indispensable para saber si se avanza, pero ciego ante la presión arterial interna o el nivel de combustible. Acelerarlo sin atender los demás ejes no es sinónimo de salud; es, con frecuencia, la antesala del desequilibrio sistémico.

La historia reciente ofrece advertencias elocuentes. Algunas economías (como Venezuela, Ecuador y Angola) ilustran con distinta intensidad el mismo patrón: economías que durante el superciclo de materias primas construyeron su legitimidad política sobre un PIB en expansión, mientras la inflación subyacente escalaba, las reservas se erosionaban, se contraían o se agotaban, y mientras la productividad se estancaba sin que nadie lo advirtiera. Cuando el ciclo de los precios internacionales se invirtió, no había tablero alternativo que orientara la respuesta: solo un número, y ese número ya no servía. El

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

resultado no fue una crisis técnica; fue una fractura social cuyos costos todavía se distribuyen entre generaciones.

La inflación subyacente opera como la presión arterial del sistema macroeconómico. Cuando se eleva de forma sostenida, genera un estrés estructural que erosiona el poder adquisitivo, distorsiona los contratos relativos y castiga desproporcionadamente a los sectores de ingresos fijos. Un gobierno que permite que este indicador se desboque está, en la práctica, tolerando una hipertensión que daña el tejido social. Imagine que, paralelamente, la tasa de empleo digno —esa verdadera saturación de oxígeno— comienza a deteriorarse. No basta con que las personas "respiren"; lo decisivo es que el oxígeno llegue con la concentración y estabilidad necesarias para sostener las funciones vitales. Un empleo precario o informal genera hipoxia en la población: produce desesperanza, fractura la cohesión comunitaria y debilita el contrato social. En la cabina de la aeronave, esto se traduce en una falla de presurización; tripulación y pasajeros pierden lucidez, aunque los diales de velocidad sigan marcando un avance técnico impecable. Comienza a arriesgarse la estabilidad social.

El gobierno no puede limitarse a registrar cuántas personas trabajan. Debe construir y sostener las condiciones productivas, regulatorias y de formación que permitan al sector privado liderar la creación de empleos estables, con proyección y con dignidad; y cuando ese liderazgo sea insuficiente, intervenir directamente como empleador de última instancia —generando empleo público cuando el mercado no lo hace— sin que esa intervención sustituya la arquitectura de largo plazo en la que la inversión privada sea más eficiente.

Las reservas internacionales líquidas funcionan como la glucosa disponible o el combustible en los tanques principales. Son la energía de reserva que permite absorber choques externos, financiar importaciones críticas y mantener la confianza de los mercados. Es de imaginar la vulnerabilidad de un país que agota sus reservas mientras celebra un crecimiento aparente: está operando con el indicador de ritmo favorable mientras el colchón de seguridad se vacía. El resultado es una exposición extrema ante cualquier turbulencia financiera o salida abrupta de capitales.

En esa misma dirección, la productividad total de factores representa la función metabólica del organismo o la eficiencia aerodinámica de la aeronave. Es la capacidad de transformar insumos en resultados sin desperdiciar energía ni deteriorar la base productiva. Una economía con baja productividad crece exprimiendo más recursos, no innovando. Elevar la productividad es una responsabilidad compartida: el Estado debe invertir en capital humano, infraestructura inteligente y marcos regulatorios ágiles, pero

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

eso no basta si los mercados no generan competencia real, si el crédito no fluye hacia quienes innovan y si el sector privado carece de incentivos para adoptar y adaptar tecnología. Cuando alguno de estos engranajes falla, el esfuerzo del otro se diluye; y el ánimo de la población se resiente cuando percibe que el esfuerzo ya no se traduce en progreso tangible, y la desconfianza institucional se alimenta del estancamiento estructural.

La deuda pública neta en relación con el PIB equivale al peso estructural o a la carga útil máxima permitida. No es un indicador de crisis per se, pero sí un límite real a la maniobrabilidad fiscal. Un organismo sobrecargado pierde agilidad; y una aeronave que excede su límite operativo reduce su capacidad de ascenso y aumenta el riesgo de pérdida de control ante imprevistos. La literatura especializada no ofrece un número universal para la deuda, porque la sostenibilidad de esta no es una propiedad aritmética sino estructural: depende del régimen cambiario, de la moneda en que están denominadas las obligaciones, del perfil de vencimientos y de la confianza que los mercados depositan en las instituciones del país. Lo que sí establece con claridad es una lógica invariable: el endeudamiento que supera la capacidad real de respuesta del Estado no es una apuesta de largo plazo, es una hipoteca sobre las generaciones que aún no votan. La función del gobierno es, por tanto, mantener la deuda en niveles que preserven el espacio para respuestas estratégicas, sin hipotecar el futuro con obligaciones que drenen recursos de inversión social.

Junto a estos seis ejes centrales, el cuadro integral de mando debe incorporar variables que no son de segundo orden sino de primer propósito: la calidad institucional, que determina si las decisiones se toman con coherencia y criterio; la confianza ciudadana, sin la cual ningún ajuste encuentra respaldo social; la capacidad contracíclica, que define el margen real para responder ante crisis; la distribución del ingreso y el gasto social, que revelan a quién sirve el crecimiento; la transparencia fiscal, que hace auditable el ejercicio del poder; y la huella ecológica, que fija el límite dentro del cual cualquier eficiencia es legítima.

Llamarlas complementarias no debe sugerir que son accesorias. Por ejemplo, la distribución del ingreso no modula el crecimiento: define si ese crecimiento tiene sentido humano. La huella ecológica no acompaña a la productividad: la acota y la condiciona. Un tablero que las excluya o que las trate como variables de contexto corre el riesgo de repetir, con mayor sofisticación, el mismo error que este texto critica: subordinar lo esencial a lo más fácilmente medible.

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Consideremos un escenario donde se gobierna con la mirada fija en un único dato. El crecimiento se acelera a costa de inflación descontrolada, empleo precario y agotamiento de reservas. Al principio, los titulares celebran; luego, los precios desbordan los salarios, la informalidad se expande, y la confianza en las instituciones se fractura. La población, que inicialmente toleró las advertencias técnicas por el atractivo del "ritmo alto", termina pagando el costo con su estabilidad vital, su salud mental y su fe en el futuro colectivo. En términos de gobernanza, esto no es un error de cálculo; es un fallo de diseño institucional. La economía cumple un rol instrumental: debe servir al desarrollo humano, a la reducción de vulnerabilidades y a la construcción de capacidades ciudadanas. Cuando el gobierno confunde el medio con el fin, y delega la complejidad a un número único, traiciona su obligación primaria de proteger el interés general.

Los escenarios de colapso no comienzan con crisis financieras abruptas; comienzan con la negligencia sistemática hacia las señales tempranas que un tablero bien diseñado ya habría iluminado. Un país no se conduce con un solo dato, sino con un cuadro integral de mando que respete la multidimensionalidad de la vida económica. Las variables de ritmo, estabilidad, empleo digno, resiliencia externa, eficiencia productiva y carga fiscal deben leerse en conjunto, con sus interacciones, sus compensaciones y sus umbrales de alerta. La política económica responsable exige humildad técnica y coraje político para actuar antes de que las señales se conviertan en cicatrices sociales. Gobernar con rigor es, en esencia, mantener el sistema en vuelo estable, con los órganos vitales oxigenados y la ruta orientada al bienestar sostenible.

Y la ciudadanía, por su parte, tiene la obligación democrática de exigir ese tablero completo: no aplaudir el velocímetro cuando el nivel de combustible no se muestra, y no tolerar que la complejidad de lo público se reduzca a un titular de crecimiento. Esta es una condición sine qua non para que la economía recupere su vocación original: ser el andamio sobre el cual se construye una sociedad próspera, justa y resiliente.

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.